

DIFERENCIA ENTRE LA **CONCEPCION CRISTIANA** Y LA **ANTIGUA-CLASICA** DE LA HISTORIA

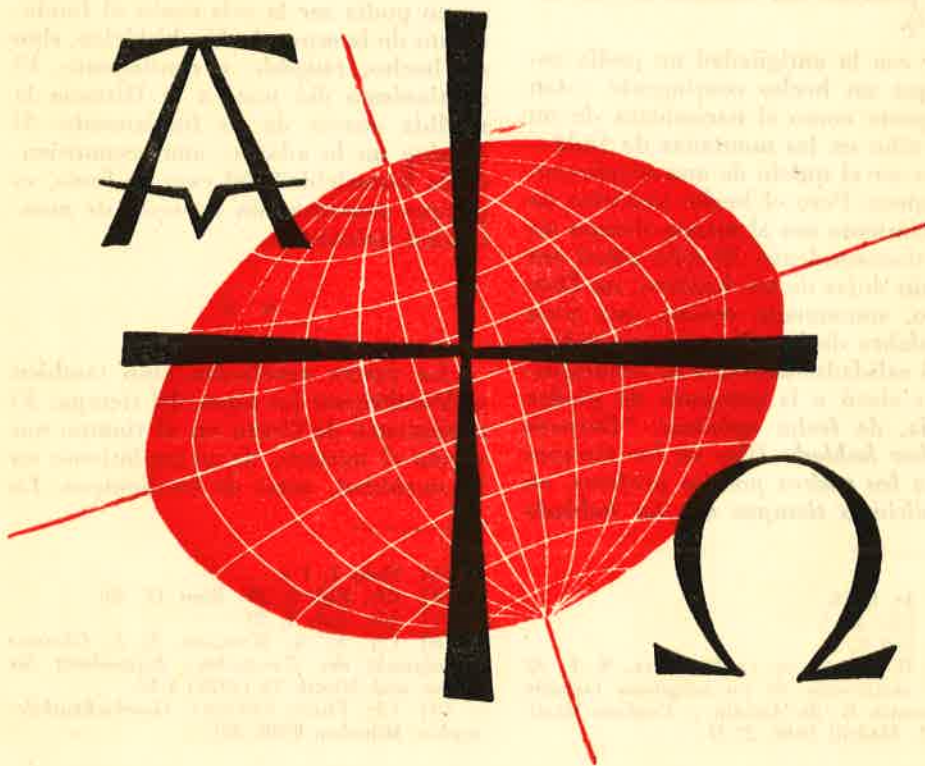
Luis M.º Mtz. Fazio, S. I.

La irrupción de Dios en el mundo, en un momento dado de su historia, ha venido a revolucionar la jerarquía de los valores humanos. Pero es que también ha venido a revolucionar la Historia misma. La Historia en su sentido objetivo y en su sentido subjetivo.

En el intrincado tejido de los hechos humanos, que es la vida de los pueblos, se trenzó desde entonces un hilo más, Dios se hizo carne (1). Y, al

poner su tienda de campaña entre nosotros (2), comenzó a figurar como ciudadano del mundo, como el primer ciudadano del mundo. Con El nos vino lo sobrenatural, lo transcendente, lo eterno. Y desde entonces la humanidad tiene que contar con El.

Y, con la humanidad, la Historia. Este injerto de Dios en el mundo fué de tal volumen, que toda filosofía de la vida tuvo que buscar desde entonces cauces nuevos. Los filósofos de la anti-



güedad, al elucubrar sobre el ser y el sentido de la Historia, aunque poblaran sus creencias de divinidades, no tocaron con sus manos un dato concreto transcendente. Es verdad que, desde los primeros ensayos de la Jonia, dieron inicio a la Historia; pero no supieron darle su plenitud de sentido. Por eso fué en cierta manera necesario que Aquel, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia (3), viniera a traernos los elementos que hacían falta para una revisión en el planteamiento del problema histórico y para la posibilidad de su solución recta. Con ello Dios ha dado a la Historia sus medidas exactas.

* *

Para el viejo filósofo de los tiempos antiguos sólo la razón tenía el privilegio de ser fundamento de una religión. El cuerpo de creencias se deducía *a priori*, basándose en principios generales. Se probaba con razones, no con hechos (4).

Por eso la antigüedad no podía colegir que un hecho contingente —tan contingente como el nacimiento de un pobre niño en las montañas de Judá— pudiera ser el quicio de una arquitectura religiosa. Pero el hecho histórico de ese nacimiento era al mismo tiempo un hecho transcendente. El niño aquel era Dios, sin dejar de ser hombre, un Dios cercano, sumamente vecino, que traía una palabra de luz. Y esa transcendencia dió calidades nuevas a lo contingente y lo elevó a la categoría de piedra miliaria, de fecha epónima. “*Después de haber hablado Dios en los tiempos neras a los padres por los profetas, en estos últimos tiempos nos ha hablado*

pasados muchas veces y de diversas maneras su hijo” (5). Es un corte neto en el cauce de la Historia. Y esto que sucedió *hapax*, una sola vez —es decir, en un momento dado, históricamente, contingentemente y con carácter de initerabilidad— vino a ser su virage decisivo.

Pero además la revelación descubrió a la Historia que Cristo era piedra (6). No sólo en el sentido eclesiológico de fundamento de solidez imperturbable. Sino en su sentido historiológico. Un hecho contingente se convirtió en el fundamento de toda recta Filosofía de la Historia. Aún más. Que esa piedra era el culmen de todas las jerarquías de los seres (7). Cristo apareció pues como tajo, piedra y culmen de la Historia (8). Y ésta se encontró desde entonces con que tenía necesariamente dos vertientes. *Antes del nacimiento de Cristo, después del nacimiento de Cristo*. Como dice Hegel, “hasta El y desde El va la Historia (*‘bis hierher und von daher geht die Geschichte’*)” (9). En adelante ya no podía ser la sola razón el fundamento de la especulación histórica, sino un hecho, tangible y contingente. El cristianismo dió pues a la Historia la medida exacta de su fundamento. Si Lessing no lo admite, aun reconociendo la historicidad del caso de Jesús, es porque conserva aún un resto de mentalidad helenística.

* *

La nueva revelación vino también a descubrirnos los topes del tiempo. El nacimiento de Cristo en el tiempo nos reveló el misterio de su nacimiento en la eternidad, antes de los tiempos. La

(1) Jo 1, 14.

(2) Cfr. Jo 1. c.

(3) Col 2, 3.

(4) H. PINARD DE LA BOULLAYE, S. J., *El estudio comparado de las religiones* (versión de Florentin G. de Andóin y Teodoro Martínez) 12, Madrid 1940. 27-31.

(5) Hebr 1, 1 s.

(6) Cfr. Eph 2, 20; Rom 15, 20.

(7) Cfr. Eph 1, 22.

(8) Cfr. C. A. KNELLER, S. J., *Christus Mittelpunkt der Geschichte*; Zeitschrift für Aszese und Mystik 13 (1938) 1-32.

(9) Cfr. FRANZ SAWICKI, *Geschichtsphilosophie*, München 1920, 251.

Historia comenzó a correr en un instante dado. No es una sucesión ininterrumpida de hechos, perdida en lejanías cada vez más distantes.

Por otra parte esta venida de Jesús prelude una segunda. Aquella acaeció en la plenitud de los tiempos (10); ésta sucederá en el fin de los tiempos (11). Y vendrá a cerrar la espita del fluir de la Historia. Por la revelación hemos sabido que el tiempo tiene principio y tiene fin. El mundo no es eterno.

Ni Platón ni Aristóteles pudieron llegar a este concepto de topes temporales. Entre otras razones, porque no conocían el tiempo más que como medida: "medida del movimiento". La Historia era para los filósofos antiguos —Heráclito por ejemplo— un curso indefinido. De aquí su iterabilidad. Lo que sucedió volverá a suceder cíclicamente en un instante futuro. Y la pobre vida humana, enrolada en esta órbita de siglos, mil veces repetida, perdía su sentido de Historia (12).

La revelación nos descubrió esos límites temporales. Primero la judaica, después la cristiana. Aquella sin influir apenas en la mentalidad de los gentiles; ésta transformándola plenamente (13). Hasta que el agustinismo encontró que el tiempo penetra la esencia del hombre, constituyendo en él algo medular. La Historia comenzó y la Historia acabará. El cristianismo ha dado pues a la Historia la medida de su extensión.

* *

Extensión en el tiempo, pero también en el objeto. La Historia era para los antiguos —y aun para muchos modernos— un tejido de hechos humanos, exclusivamente humanos. Los dioses no se elencaban en el reparto de persona-

(10) Cfr. Gal 4, 4.

(11) Cfr. 1 Cor 15, 24.

(12) Cfr. SAWICKI o. c., 8 y 11.

(13) Cfr. R. CRIADO, S. J., *La Teología de la Historia en el Antiguo Testamento* (publicada en XIV Semana Bíblica Española), Madrid 1945, 45-59.

jes de la tragedia de la Historia. Y, si entraban en él, era a lo más con el carácter mítico de las fábulas homéricas. Pero el ámbito de la Historia se ensanchó de repente con el pequeño espacio de la cueva de Belén, que resultó ocultaba vastedades insospechadas. Junto a las hazañas de los héroes y de los pueblos, no tuvo ella más remedio que insertar, porque era histórica también, la divina aventura de un Hombre-Dios y de un pueblo nuevo.

Prescindir de esa insólita epopeya es dejar a la Historia incompleta, inadecuada, huérfana de su mejor gesta. Porque aquellas ideas, aquel mensaje, aquella vida fueron revolucionarios, como no lo ha sido hazaña alguna humana. Y porque, junto a las empresas de los hombres, corre desde entonces por la vida de la humanidad un cauce subálveo de entraña divina, que aflora continuamente a la superficie de la Historia en mil concreciones tangibles. Esas realidades, porque son históricas, no pueden dejar de ser objeto de la especulación histórica.

De tal manera es así, que, si la consideración de las maravillas creadas nos eleva al conocimiento del que es su Causa Primera, el espectáculo de la Historia irradia también de sí un mensaje de Dios. Y se puede hablar, con todo derecho, de una Teología de la Historia (14). Que al cogerse de la mano del hombre para entrar en la Historia, ésta tiene que sentir por fuerza el tacto cálido de la mano de Dios. Desde entonces la trama de la Historia es la urdimbre conjunta de la gesta de los hombres y la aventura de Dios. El cristianismo le ha dado la exacta medida de su contenido.

* *

Pero ha aportado todavía otra perspectiva. Ha descubierto la unidad del

(14) Cfr. R. AUBERT, *Discussions récentes autour de la Théologie de l'Histoire*: Collectanea Mechlinensia 33 (1948) 128-149.

género humano. O, mejor, la ha puntualizado sublineándola.

Ya la visión de la Historia de los pueblos había llevado a los antiguos filósofos —sobre todo a los estoicos— a vislumbrar una unidad (15). Herótodo, Varón y Polibio la atisbaron. Pero Cristo ha acabado de descender el velo, mostrándonos íntegro su perfil.

La existencia de un pecado original común a todos, el hecho de una redención universal, la filiación divina de todos los hombres y el común destino de los pueblos a la posesión beatífica de Dios, ha dado a la humanidad su coherencia. Ya no cabe distinción entre bárbaro y romano, entre judío y gentil, porque la unidad se consume en el Cristo (16). Igualdad de origen, de esencia, de destino. Y de ello ha podido deducir el hombre su coherencia histórica. Las historias de los pueblos no ruedan en compartimentos estancos. Es un fluir unido e interdependiente. El cristianismo ha dado pues a la elucubración histórica la medida de su unidad.

* *

También le ha dado sentido. Dios entró en la Historia, como dijimos arriba. Pero acaso más importante sea el hecho de que no salió de ella, sino que continúa operando. La Historia, que es la resultante de una confluencia de libertades humanas, sabe ahora que entre esos vectores de fuerza juega la acción de Dios un papel importantísimo. El principal sin duda.

Los antiguos no pudieron resolver el enigma de la Historia. Acudieron al *fatum*, al sino, a la *tyché*, a esa predeterminación —independiente y ciega según Tucídides—, que esclaviza

la libertad humana y que es superior aún a los mismos dioses. Y creyeron, como Séneca, como Empédocles, o como Polibio, que la Historia se precipitaba desde una edad de oro, depravando y empobreciendo su cauce vital (17).

Pero al coger Dios el volante de la Historia le ha dado rumbo. Ya no caben los antiguos pesimismo. La concepción cristiana de la Historia es esencialmente optimista. También la considera así Kant, el filósofo de Koenigsberg. Para él la Historia es un progreso continuo hacia un ulterior estado paradisíaco. Sin embargo, no es éste su rumbo, como no lo es el que le adjudicó Schiller. Desde que Cristo se nos mostró sentado a la diestra del Padre (18), sabemos que su Cuerpo Místico —y toda la humanidad es, por vocación, posible Cuerpo Místico de Cristo— tiene en perspectiva y en promesa el mismo destino. Tenemos un rumbo. Y no nos preguntamos únicamente, como los antiguos, cómo o por qué existimos, sino para qué y a dónde vamos. Aisladamente, como individuos, y socialmente, como colectividad. El cristianismo ha dado por tanto a la Historia la medida de su destino.

Y por la revelación hemos venido a saber que la humanidad, que es la Historia misma en el tiempo, está llamada a dejar de ser Historia. Porque llegará un momento en que saldrá de la Historia, para continuar una ruta trascendente más allá del tiempo, para llevar una maravillosa vida metahistórica. Esa vida metahistórica y real, que Cristo, el que al resucitar de entre los muertos no volverá a morir (19), ha logrado alcanzar para él y para nosotros a la diestra del Padre.

* *

Filósofos, teólogos, e historiadores tienen que ver, por tanto, que la His-

(15) Cfr. SAWICKI, o. c., 10 s.

(16) San Pablo dice: Allí [en el orden nuevo traído por Cristo] ya no hay más problema de griego o de judío, de circuncisión o incircuncisión, de bárbaro, de escita, de esclavo, de hombre libre; ya no hay más que Cristo, que es todo en todo (Col 3, 11).

(17) Cfr. SAWICKI o. c., 8.

(18) Cfr. Rom 8, 34; Eph 1, 20; Hebr 1, 3.

(19) Rom 6, 9.

toría ha hallado su pleno sentido en la concepción cristiana del mundo y el ser. Y en ello están de acuerdo católicos y protestantes. La Historia ha pasado del antiguo pesimismo al optimismo cristiano; de su concepción cíclica a una dirección lineal; de su fundamentación metafísica en principios generales al hallazgo de un dato singular que es su clave de arco; de sentirse un proceso inconexo a saberse aglutinada en una unidad de estirpe, de naturaleza y de destino; de su calidad de curso indefinido, sin cesuras, a su concepción discreta en que un hecho contingente y central —que es tajo, piedra y cumbre— la divide en dos vertientes con-

vergentes. El cristianismo ha dado pues a la Historia su última y definitiva perfección (20). Y estas son las profundas diferencias entre las concepciones cristiana y antiguo-clásica de la historia. Como dice Donoso Cortés, “cuán maravilloso es el espectáculo de la Historia, cuando se la considera desde la altura del Cristianismo, que es su centro” (21).

(21) J. DONOSO CORTÉS, *Consideraciones sobre el Cristianismo I: Obras completas de D. C., I*, Madrid 1946, 576.

(20) Cfr. CH. JOURNET, *D'une philosophie chrétienne de l'histoire et de la culture: Revue Thomiste* 48 (1948) 33-61.

